

GALERÍA

Dentro es fuera*

Bri Oppel

Querido Jorge:

Me has preguntado por la historia de mi infancia y la relación con mi padre pintor. Nací en 1948, en Múnich, ciudad que en aquel momento, tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial, seguía estando en ruinas en un cincuenta por ciento. Recuerdo que cuando tenía unos cinco años, en mi camino a la guardería, caminaba sobre parrillas de madera que servían de puente entre las paredes de los cimientos de las casas bombardeadas. Sobre los escombros que quedaban, crecían pequeñitos abedules y, gracias a su nimiedad, comprendí por primera vez lo cerca que estaba la guerra aún.

Mi padre había sido soldado en el ejército alemán y había perdido el ojo izquierdo por un disparo en la cabeza. Así, mi vida en los años cincuenta estuvo muy marcada por ambivalencias: un padre doblemente traumatizado, por un lado, por las experiencias de la guerra y, por otro, por reconocer que, como seguidor entusiasta del régimen nazi, no era enjuiciable legalmente, pero sí moralmen-

* Todos los textos de esta sección han sido escritos en alemán por Bri Oppel y traducidos gentilmente por Antonie Oppel, hija de la pintora.

te culpable. Sufría de fuertes ataques de dolor de cabeza y tenía arrebatos coléricos desesperados, pero muchas veces también era un padre amoroso, lleno de ganas de vivir, que disfrutaba la paz y la nueva libertad plenamente: los viajes para pintar nos llevaron a Italia, España y Francia.

En 1956, visitamos la recién construida Chapelle de Ronchamp, creada por Le Corbusier y diseñada por muchos artistas contemporáneos. Su techo de hormigón macizo flota ligero por encima de la nave. Nos explicó con lágrimas corriendo por sus mejillas: “Hace unos años estuve aquí como soldado; hoy día puedo estar aquí como visitante”. Mis padres celebraban fiestas de disfraces desenfrenadas en nuestro estrecho ático y pasaban muchas noches en exposiciones y bares. Un recuerdo fundamental es el de muchos amigos artistas, todos con alguna discapacidad a raíz de la guerra, a los que les faltaba una pierna, un brazo o también un ojo. Sus discusiones giraban en torno al arte y la política; mi padre luchaba activamente contra el rearme de la RFA, por ejemplo.

Renunció a su nunca querida profesión de panadero, heredada de su padre, en las circunstancias económicas más difíciles; fue su mala salud la que le obligó a hacerlo, pero, al mismo tiempo, le permitió alimentar a su esposa y sus tres hijos con su pasión, la pintura. Muchas veces sentía que los niños éramos una carga constante, aunque en los raros momentos buenos experimentaba a un padre cariñoso y tierno, para quien yo era un regalo de la paz. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, él estaba ausente por dentro. A menudo, me sentaba con mi padre mientras pintaba de pie en el caballete y observaba en silencio; inmediatamente percibía cuando se anunciaba una tensión, una inquietud, un ataque de cólera, para entonces irme corriendo a esconderme llena de miedo y sentimientos de culpa. Él mismo calificaba los cuadros que pintaba para la venta como “buena artesanía”, apenas tenía tiempo para desarrollar sus propios temas.

Libros de arte eran mis libros infantiles, con ellos calcaba, copiaba imágenes a lápiz, a pincel, y pintaba mis propios cuadros. Como siempre teníamos que estar callados, prácticamente solo pintaba y leía; siempre recibía reconocimiento por mis pinturas infantiles. Los niños acompañábamos a nuestros padres a muchas

exposiciones de arte moderno, que durante la época fascista había sido despreciado, prohibido y destruido como “arte degenerado”. Ese arte era en gran medida desconocido para la generación de mi padre y, por lo tanto, muy emocionante, estimulante y esclarecedor. Recuerdo a Cézanne, Matisse, Wilhelm Nay, Picasso y muchos otros. Un recurso para mi padre y también para mí era nuestra cercanía a la naturaleza. Te adjunto una de sus pinturas, *Arroyo en invierno*, una acuarela de 1958.



Sus discursos sobre el azul del cielo, la bruma transparente por encima del valle, el rojo de la amapola silvestre, el gris de las rocas, el verde variado de los árboles a principios de verano, entrenaron mi mirada. Los domingos los pasábamos “afuera” en el bosque, en la montaña, junto al agua, lo que me ponía en conflicto con

mis profesores de religión católica, que los lunes me preguntaban si había ido a la iglesia. También en este aspecto me sentía cercana a mi padre, que rechazaba la institución de la Iglesia, que había “bendecido sus armas”.

De adolescente era introvertida, tímida, convencida de no ser vista, de no ser reconocida. Cuando yo tenía dieciocho años, mi padre murió de un ataque al corazón a la edad de cincuenta años, como consecuencia de sus heridas de guerra. Con el estatus de huérfana de guerra, aprobado por el Estado, pude estudiar gratis. Debido a que no teníamos nada de dinero, estudié “algo rápido”, docencia para primaria, y luego educación artística para secundaria. Pero estas experiencias terminaron por alejarme completamente del arte, me convencieron de no ser creativa y me llevaron a someter a cada una de mis pinceladas a una crítica devastadora. Ya no producía casi nada. Después de esto, pasaron quince años prácticamente sin arte, los dediqué al amor a mi marido, a mis cuatro hijos; era ama de casa, ocupada en ordenar el caos cotidiano.

Cuando nuestra hija menor tenía seis años, empecé a estudiar un diploma en Suiza con Bettina Egger, cuyos libros habían despertado mi curiosidad: terapia de pintura, terapia de arte. Aprendí a observar a la gente pintar y, tan pronto como sentía tensión, no a huir y callar, a ser invisible (como en mi infancia), sino a encontrarme con la imagen emergente y con la persona que pinta con presencia y aceptación total. Con este aprendizaje redescubrí mi propia pintura, perdí el miedo al fracaso y a lo que pueda surgir. Durante mis estudios pinté cientos de imágenes (*gouaches* sobre papel, porque es técnicamente rápido y fácil), que abordaban mis experiencias de infancia y juventud. Gracias a estos procesos, he recuperado la libertad del niño, este “derecho fundamental a expresarme” (Louise Bourgeois). Esta experiencia me ayuda cuando estoy con los pintores en mi taller de Pintura Acompañada, desde hace treinta años, y ha liberado mi propia pintura. En algún momento, ya no necesitaba “historias” y descubrí el amplio campo de la abstracción como metáfora de los procesos inconscientes, así como de mis pensamientos. Para mí, exhibir mis pinturas significa no tener miedo. Reconozco abiertamente mis rupturas, grietas, incertidumbres, retrocesos y avances.

Bueno, querido Jorge, una historia autobiográfica así es un poco desbordante. No recuerdo a menudo, tampoco lo hago necesariamente con agrado; nunca antes he resumido y escrito estas experiencias de esta manera, ya sabes que no soy una mujer de palabras. Cada recuerdo es solo un recuerdo de un recuerdo anterior. Los recuerdos muchas veces son engañosos, pero no tengo otros. Quiero evitar declaraciones sobre mis pinturas, quiero que cada espectador tenga sus propias experiencias. Pero te envío algunos fragmentos de mi cuaderno de notas del taller (sensaciones, pensamientos, citas que me han impresionado) que me acompaña durante el proceso continuo de la pintura.



Ronchamp (2004). Gouache sobre tablero OSB, 100 × 100 cm



Cuadro de la bola (2006). Gouache sobre madera, 28 × 38 cm



Historias croatas (2009). Gouache/lienzo, 50 x 70 cm



Catarata Duilhac (2009). Gouache/lienzo, 70 × 70 cm



Vives (2009). Acuarela, 35 × 38 cm



Escuchar (Mimi) (2011). Gouache/lienzo, 80 × 120 cm



Mirar (cara azul) (2010). Gouache/lienzo, 80 × 120 cm



Movimiento (2010). *Gouache*/lienzo, 80 × 120 cm



Orquesta (2012). *Gouache/lienzo*, 50 × 70 cm



Vigilia (2012). Gouache/lienzo, 60 × 60 cm



Parar el tiempo (2012). Gouache/lienzo, 60 × 60 cm



Paso de tiempo (2013). Gouache/lienzo, 30 × 70 cm



Quiero ser una catarata y caer, caer, caer (cuadro de Antonie) (2013). Gouache/lienzo, 50 × 70 cm



Nadador libre (2013). Gouache/lienzo, 95 × 140 cm



Las cosas de la vida II (2014). Gouache/lienzo, 70 × 50 cm



Cumbaza (2015). *Gouache/lienzo*, 60 × 80 cm



Nunc stans (2015). Gouache/lienzo, 80 × 70 cm



Otra faceta más del tiempo (2016). Gouache/lienzo, 40 × 50 cm



¿Usted también ha escuchado este grito? (2016). Gouache/lienzo, 40 × 40 cm



Quien quede debe esparcir el blanco (2016). Gouache/lienzo, 40 × 40 cm



Las puertas las he descolgado (2016). Gouache/lienzo, 80 × 80 cm

Rectificación

En el número 37 de nuestra revista, correspondiente al año 2016, en esta misma sección se publicaron una entrevista y una muestra de las pinturas de Américo Tísoc Monteagudo. Fueron treinta y tres páginas que pretendían homenajear al mencionado artista plástico. La introducción a la entrevista empezaba en estos términos: “Américo Tísoc Monteagudo es un pintor a tiempo completo. Vive encerrado a cal y canto en una casona de trece habitaciones, con paredes enlucidas y jardín compuesto de cactus sagrados y piedras incas. Queda frente a la plaza de Ollantaytambo, preciosa ciudad serpenteada por callejas empedradas y bullicio turístico. Dentro impera una calma de convento, apenas distraída por zumbidos de picaflores y notas clásicas de piano. Desde que habita esta casona, hace décadas, Américo empieza a trabajar todos los días con los primeros fulgores del sol...”.

No obstante, contrario a nuestro propósito, el artista se ha sentido agraviado por el resultado y nos ha solicitado una rectificación por “las afirmaciones inexactas vertidas” en dicha entrevista. Como director y autor de la entrevista lamento mucho su percepción y ofrezco mis disculpas públicas. Pasé algunos días en su casa, al amparo de su aprecio, conversando y observando su quehacer cotidiano, en procura de una semblanza que presentara con respeto y admiración una vida dedicada al arte. También lamento que este episodio, registrado como un ejercicio literario, haya resquebrajado una larga amistad.

Jorge Eslava

